

rando mis pies. «Vea usted, señora, hay mucho más espíritu en ese pie que en esas manos.»

Era el destino que hablaba.

El maestro Auber dijo:

—Que aprenda; esta señorita irá lejos, si es lijera.

¡He sido muy lijera y he ido muy lejos, muy lejos!

Ingresé en la clase de baile al mismo tiempo que las señoritas Eugenia*** Adela*** Lointina** Francisca*** y otras estrellas del cielo de la ópera que han levantado el pie hasta la celebridad.

IV

El ramito de englantinas

Tenía dieciseis años y casi era hermosa. Parecía una jovencita de Jean Goujon, no de Rubens.

Mórbida, pero sin excesivos relieves. Mi talle armonizaba perfectamente con mi pequeño y combado pie, que soportaba nerviosamente una pierna fina y redonda. Me seguían por la calle cuando por la mañana iba á pie al Conservatorio.

Mi espíritu había seguido el rápido avance de mi cuerpo. Trabajaba mucho, leía mucho, eso sí, leía siempre. Devoré en poco tiempo las obras de Balzac, George Sand y Alfredo de Musset.

Mi madre seguía conservando su frialdad y actitud digna y severa acostumbrada respecto á mí. Mi corazón, que comenzaba á buscar algo alrededor mío, hirióse por aquella reserva.

Lloraba más de una vez leyendo mis queridos libros, no por las desdichas de la heroína, sino por las mías, considerándome sola en medio del estruendo de la multitud. Adquirí un espíritu romántico gracias á mi lectura; no sentía aún la necesidad de amar. Buscaba simplemente á una joven, alegre como yo era; buscaba la amistad alrededor mío. Al fin encontré dos amigas, las más seductoras y de las más peligrosas.

Angela y Laura eran algo mayores que yo, diecisiete y dieciocho años. Bellas ambas, con la belleza del diablo: espirituales como pajes, y más aventureras que los cien guardias.

Eran hijas de un coronel muerto en Crimea: su espíritu de insubordinación, traspasando todos los límites, las obligó á salir de San Dionisio. Siguiendo entonces el consejo de un viejo amigo de su padre, antiguo empleado, su madre las hizo entrar en el Conservatorio: Angela en la sección de baile, Laura en la clase de declamación. Jamás he conocido á nadie que fuese menos trágica que la rubia Laura.

Vivían en el muelle de los Olmos, seguían el mismo camino. Como estaban en la misma clase, nuestras relaciones fueron muy pronto hechas, rotas y vueltas á reanudar.

Apasionéme en seguida de Laura;—¡qué excelente compañía nos dábamos las tres, cuando envueltas en nuestros abrigos escoceses nos aventurábamos por las calles!... ¡Qué risas continuas á pesar del viento y la lluvia que á menudo mojaba nuestros vestidos á lo largo del camino! Laura era in-

gotable dentro de su franqueza militar. Juraba como un granadero. Su padre, viejo soldado de fortuna, no hubiera podido renegar de ella. Si nuestras madres que nos dejaban afrontar los azares peligrosos de los encuentros parisinos, hubieran contado con ella para alejar á los galanteadores callejeros de oficio, hubieran hecho bien; pero ellas no contaban con el diablo de la curiosidad.

¡Cuántas veces vi á los corredores ridículos de aventuras amorosas, retroceder estupefactos ante un atrevido apóstrofe de Laura! ¡Cómo nos reíamos después locamente tras nuestros pañuelos, sofocando las carcajadas!

Angela tenía menos espontaneidad, menos alegría, y un poco de sentimentalismo soñador.

Un día, á la salida del Conservatorio, fuimos sorprendidas por una súbita borrasca. No teníamos paraguas; y después de consultar nuestros bolsillos, vimos con terror que no poseíamos entre las tres más de diez sueldos. No podíamos pagar el ómnibus.

—¡Mil diablos! dijo Laura. ¿Y si fuéramos á refugiarnos al pasaje de los Panoramas? Tal vez veríamos á Rafael y á Mario.

—Sí, respondió su hermana; y si no les encontramos, por lo menos no nos mojarémos.

Nos fuimos corriendo hasta el pasaje.

Durante el camino, pregunté á Laura quiénes eran Mario y Rafael.

—¡Eres tonta! me dijo, lo sabes perfectamente; son nuestros novios.

El primero se llama Mario, he aquí por qué le llamo Río; el segundo es un aprendiz; por esto le llama Angela, Rafael. Son dos nombres de guerra, puesto que ellos nos hacen la guerra.

—¿Tenéis, entonces, dos novios?

—Sí, sí, no seas hipócrita, querida mía; pues bastante les has visto siguiéndonos para no conocerles.

Abrí de par en par los ojos, maravillada; nunca había visto más que los desaires que Laura daba á los desocupados si nos molestaban.

Llegadas al pasaje, Angela cogió mi brazo.

—Vamos, me dijo, no hagas este papel de ignorante, no es propio ya de tu edad. Río y Rafael son dos buenos muchachos que leen alguna vez el diario en el café de Madrid. Por las tardes descansan de sus estudios y vienen á fumar un cigarro bajo nuestras ventanas; unas veces cantan serenatas, otras fuman. ¿Comprendes, querida?

—Comprendo que no comprendo nada absolutamente, respondí con una emoción curiosa como si fuera á penetrar en un subterráneo lleno de misterios.

Laura miróme de pies á cabeza, echóse á reir y dirigiéndose á su hermana, exclamó:

—¡Esta chica decididamente es un corde-rillo!

No sé porqué tuve deseos de llorar; pensaba en mi madre.

Laura hizo una señal, y los dos novios salieron de pronto como si brotasen de la tierra.

—¿A dónde vamos? preguntó uno de ellos, moreno de afilados bigotes que parecían salir de manos de un peluquero.

—Mi querido Río, respondió Laura, venimos en alas de una ráfaga furiosa de aire. En aquel momento entraban Río y Laura en el café Heldez.

—¿Y Carolina? preguntó Angela indicándome á los otros con una mirada.

—Puesto que esta señorita es vuestra amiga, respondió Rafael, no veo la razón de que se marche.

—Tanto menos, añadió Río, cuando veo allí á Gastón, al quien gustará infinito el encuentro.

En un abrir y cerrar de ojos quedamos instalados en el saloncito de la taberna inglesa.

Aquel á quien habían llamado Gastón hallábase á mi lado, cogiéndome las manos, cubriéndolas de besos, y repitiéndome en todos los tonos:

—¡Oh! ¡Qué afortunado soy! ¡qué dicha el conocerla!

Todo aquello pasó tan rápidamente, que no había podido adquirir una idea bien definida de mi situación.

Ahora que veo los sucesos pasados ya muy lejanos con la calma de la reflexión y la lucidez de la experiencia, estoy convencida de que toda aquella escena había sido preparada de antemano. Gastón era un amigo de Río, al que había visto muchas veces

persiguiéndome sin que viese por otra parte á Rafael y á Río que también me seguían, lo que demuestra una vez más que es una verdad que las jóvenes más inocentes, las más ingenuas, ven siempre perfectamente al hombre que las ama.

¿Qué respondí á las afirmaciones y á las protestas de Gastón? No sabría decirlo, ni lo recuerdo; palabras vagas, nada en fin. Sentíame realmente emocionada y apercibíame que no era elocuente, sobre todo comparándome con Laura y con Angela, que contestaban gallardamente á los ataques de sus amantes sin perder bocado ni dejar de paladar lo que aquellos señores habían mandado servir.

Preciso era aguerrirme, como decía Laura.

Convenimos, á partir de aquel día, que los tres amigos nos esperarían siempre á la entrada de uno de los corredores de la Opera.

Durante un mes no dejaron un sólo día de ir á buscarnos al Conservatorio. Sin embargo, pese á los manejos de mis dos amigos, no cedí á la tentación que me impulsaba á los brazos de Gastón.

No obstante, casi le amaba.

En su libro, *Amor*, Stendhal ha escrito curiosas páginas acerca de esta cuestión.

¿Cuál es el amor más profundo? ¿Es el primero? ¿Es el que sigue?

Soy de los que creen, porque lo han probado, que es el segundo.

Bien es verdad que muchos pueden decir:

«A menos que no sea el tercero.»

Gastón de Foix, así lo llamaban sus ami-

gos por humorismo histórico y geográfico, pues que había nacido en Foix, era un hombre de veinticinco años, esbelto, elegante; á mis ojos, en aquel tiempo, era hermoso, porque se parecía á un figurín de la moda. Unid á esto una deliciosa fatuidad, un espíritu vivo y siempre dinero en los bolsillos de su chaleco irreprochable, y tendréis el héroe vencedor de una joven de dieciseis años, que no siempre podía almorzar cuando iba á pasar muchas horas sobre la punta de sus nervios y de sus pies en la clase del Conservatorio.

Gastón era uno de sus nombres de pila; llamábase también Marcial.

Era un hijo del conde de Briancon, muerto en Crimea. Pronunciar hoy el nombre de Marcial, es contar su historia, puesto que todo el mundo le conoce. Se batió como un león contra los prusianos; tal vez alguien os diría hoy que es un gomoso, un inútil y un arruinado.

Y es que este alguien se imagina que esos *inútiles* son los jóvenes idiotas, que sólo pueden vivir á los pies de las cortesanas.

Sí que existen tales idiotas pero yo no los conozco, ni hablo de ellos.

Los inútiles que han cenado conmigo y que me han llevado á las carreras y á las aguas de moda, son hombres de espíritu, hombres intelectuales que tienen el valor de su juventud y de sus pasiones. Sin hablar de valor, ¡cuántos de ellos se han hecho matar por los prusianos después de llevar á cabo actos de heroísmo!

Yo he visto en la *Maison d'or* y en el ca-

fé *Anglais* á todos los grandes hombres de Francia heráldica, imperial y republicana. Al barón de H..., al duque de R..., al barón de E..., al conde de B..., al conde de Saint..., al marqués de C..., al duque de F. C. y tantos otros. Esos son los *inútiles*, los *arruinados*, los *perdidos* que llevan una gran vida y que después de haber atravesado esta Universidad de la existencia á cuatro caballos, pasan sobre los cuerpos de muchos ambiciosos que se marchitan y mueren en el silencio de un gabinete de estudio.

Yo amaba á Gastón-Marcial con toda la ingenuidad, toda la credulidad, toda la violencia y toda la frescura de un primer amor compuesto de nuevas sensaciones, de mil deseos indefinidos y de una inmensa curiosidad.

Existía también un vago sentimiento ulterior de libertad, de vida seductora y loca, con vestidos elegantísimos y bonito coche tirado por un caballo inglés.

Sin embargo, á pesar de la lluvia y el frío, el carnaval y las fiestas del invierno estaban aún en el prólogo; apretones de manos, algunos besos, continuas emociones con infinitos suspiros. ¡Qué sueños tan extravagantes en mis noches febriles!

Hasta entonces Gastón se mostró paciente y resignado, pero convencido de que no podía dejar de pertenecerle tarde ó temprano. En nuestros paseos bajo los olmos de los Campos Eliseos había atestiguado una violenta impaciencia de cambiar los

placeres tranquilos de la pasión platónica por los más vivos del amor real.

Una mañana, en el momento que íbamos á entrar las tres en el pasaje de la Opera, vimos venir á Gastón, Rafael y Río.

—¡No se pasa!—exclamó el último extendiendo los brazos.

—¡Fuera hoy el Conservatorio! ¡Abajo el Conservatorio y todos los conservadores! gritó Rafael.

—Hoy es día de celebrar el santo amor, me dijo Gastón, por lo tanto es preciso hacer novillos con la clase.

—Pero ¿qué significa esto? preguntó Laura.

—Significa, ¡oh Raquel, en semilla!, que hemos resuelto pasar con vosotras todo el día en el campo y que estamos decididos á llevaros por la persuasión, por la astucia, y, si necesario fuese, por la fuerza armada.

Y Río nos amenazó con un ligero bastón que escondía un puñal.

—¡Oh Dios! el campo, exclamó Laura batiendo palmas. ¡Hé aquí una idea genial!, seguramente no será de Rafael.

Interrumpí á Laura:

—Hoy sería muy agradable, pero ¿y mañana?

—Ya encontrarán una mentira que decir bajo los árboles de allá abajo, respondióme Laura.

Y añadió vivamente:

—¿Adónde vamos?

—A Saint Cloud, patria de los mirlos silbadores y del pescado frito.

—Todo está preparado, señoritas, vamos

allá; el brazo á estos señores y adelante el *Canto de la partida*.

Y Gastón de Foix empezó á declamar de un modo triunfante los primeros versos del himno nacional de Chenier:

«La victoire en chantant nous
ouvre la barrière de l'Étoile.»

Me tomó el brazo Rafael y echamos á andar.

—¿Cuándo regresaremos? le pregunté.

—Un día ú otro, contestó riendo.

—Pero mi madre...

—¡No seas boba! dijo Angéla, tu madre puede casarse otra vez esperándote.

La excursión había sido proyectada á espaldas mías ocho días atrás. Aguardaban una mañana de sol. Siento al narrar esto un atractivo doloroso que comprenderán únicamente las mujeres que han sentido como yo todas las seducciones románticas del primer amor, en medio de los esplendores y de la poesía de un hermoso día de primavera.

Fuimos á pie hasta la estación de Saint-Lazare. Las calles inundadas por el sol y apenas con gente en aquella hora algo matinal para los parisinos, se me antojaron transfiguradas. La atmósfera tibia parecía perfumada por el olor de las violetas y de los lirios.

Experimentaba todavía algunos escrúpulos, pero Gastón los disipaba dulcemente; ¡parecía tan dichoso! Hacer dichoso á cualquiera es una tentación terrible.

Al subir al vagón estaba tan alegre como mis dos amigas.

En cuanto bajamos del tren en la estación de Saint-Corsel, Gastón nos abandonó un momento y nosotras nos dispusimos á correr como colegialas escapadas de un convento. Momentos después nos dirigió un alegre discurso:

—Señoritas y señoras, vamos, así lo espero, á loquear como una bandada de pájaros; pero os prevengo que cerca del estanque, en la *Ré Pêcheuse*, nos aguarda un almuerzo que sería tonto despreciar. Después de almorzar continuaremos estas locas carreras por tierra y sobre el mar, en los bosques y sobre el césped, siendo preciso que vengáis á visitar mi palacio donde hallaréis una comida campestre y un organillo nuevo. Podréis bailar...

—¡Fuera programas! dijo Río, ¿qué te figuras, que estas señoras huyen del Conservatorio para caer en tus programas?

—Preciso será también que caigáis dentro de mi castillo.

—¿Tienes un castillo?

—¡Para vosotras lo hice edificar, ingratas! Es un *chalet* suizo donde quiero llevar una vida de Robinsón.

—¿Y Vèrnes?

—Es mi cocinero. Pero más rico que Robinsón; espero tener todavía en mi isla desierta en tierra firme, algunos compañeros salvajes y cuento con vosotras...

—¡Ah! vamos, ¿Gastón de Gois es pues, un verdadero príncipe? dijo Rafael.

—¿Un príncipe de la banca ó de la Bohemia? preguntó Angela.

—Cuando se ama, cualquiera tiene siem-

pre algo de príncipe; respondió sentenciosamente la risueña Laura; ¿no es verdad Carolina?

Yo me arrojé en los brazos de Gastón, que rozó sus labios ligeramente con los míos. Me desasí vivamente y eché á correr, no sabiendo si reir ó llorar.

Aquello fué la señal de una carrera loca que nos llevó junto al gran estanque á cuya orilla apercibimos al dueño de la *Ré Pêcheuse* que nos esperaba con su blanco delantal levantado y el casquete gallardamente caído sobre la oreja derecha.

Después de un festín primitivo donde el champagne hizo de las suyas, visitamos lo que Gastón había llamado su palacio y su castillo.

Era un bonito *chalet* edificado en chaflán que había alquilado expresamente para seducirme.

El *chalet* estaba rodeado de un pequeño jardín inglés, formando por un macizo de hayas; abedules, encinas y olmos. Un gran chaparral de rosales silvestres acababa de formar un bosque espeso é impenetrable que envolvía al *chalet* con un cinturón blanco y rosa de donde se desprendía el perfume primaveral de las englantinas.

¡Oh! y cómo amo á esa flor sencilla y poética. ¡Cuántas veces, después, he dado un luis á un pobre auvernés de los Campos Eliseos, para que me fuera á buscar en los zarzales del bosque de Bolonia una rama llena de rosas!

Aspirando su perfume, que tiene más castidad que el de la violeta, he revivido aque-

llos tiempos, durante un momento, con alegría indecible.

¿Era el amor? No; era la embriaguez de los dieciséis años emborrachados por el aroma de las primeras rosas.

Bailamos todo aquel día, no á los sonos desafinados de un órgano, sino á los de un magnífico piano Eraul. Gastón me sentó en una cuna de clemátidas y de lilas, y allí oímos, sin verles, las carcajadas de Laura y las voces de Rafael.

Gastón me hablaba en voz queda.

¿Qué me decía? Nada. Si me hablara en hebreo también le hubiese comprendido.

¿Y después?

Cuando regresamos, por mi parte tal como fuí, abracé á mi madre por la noche orgullosa de mí misma.

Lo juro por todas las rosas de la próxima primavera.

V

Lo imprevisto y lo desconocido

Nos mudamos de la isla Saint Luis y fuimos á Passy. Habitábamos los bajos de una casita situada en la calle de la Pompe, cerca de la de Jules Janin.

Los bajos tenían un jardinito grande como la palma de la mano, que poseía por único bosque un albaricoquero y por fuente el agua que caía del canalón de la fachada. Los pájaros cantaban, pero eran canarios prisioneros dentro de una jaula do- rada.

A mi madre apenas le habían quedado

unos mil quinientos francos de renta y olvidábase ya un pasado lujoso, consolándose con Dios y sus tres hijos; mi hermano estaba próximo á ingresar en la escuela naval de Brest: mi hermana seguía en San Dionisio y yo en el Conservatorio.

No podía separarme de mi madre, sino para ir á jugar alguna vez á casa de mi primo de la calle de Cerisaic.

No fuí más á Saint-Clout.

Mi madre me prohibió leer y escribir.

¿Para qué? ¡He leído malos libros y escribo uno!

Mi hermoso Gastón de Foix quiso nuevamente tenderme otro lazo, pero yo me volví arisca como una cierva. Huía sí, al fondo de los bosques, pero era con mi madre y en los del jardín de mi casa. Gastón me seguía hasta la puerta; y llevando hasta lo sublime su pasión, subía conmigo al ómnibus que me conducía a la Opera.

Presentía yo que tarde ó temprano caería en los brazos de Gastón; pero experimentaba no sé qué vivo placer en resistirme á mí misma.

Estaba orgullosa de no haber caído aún; sentíame virtuosa jugando con mi amor y con mi amante.

Pero un día no tuve tiempo para reflexionar y caí neciamente como si el azar fuese dueño y señor de mi cuerpo.

¡Me equivoco, no fué el azar! Fué el orgullo. El orgullo pierde á más mujeres que el amor mismo.

¡Terrible día! Salía del Conservatorio; el tiempo era lluvioso y pensaba que debía